

El participante invisible: el papel del transcriptor

Shannon Page*

Traducción de Montse Conill

¿EN QUÉ CONSISTE TRANSCRIBIR? Cuando en la universidad me dispongo a formar a transcritores recién contratados, les reparto unas pautas muy pensadas y cuidadosamente preparadas para que las lean, les enseño muestras de transcripciones y me preocupo de que tengan a mano un ejemplar actualizado del *Manual de Estilo de Chicago*, así como un folio con las normas de estilo de nuestro programa. Antes de empezar contesto a cuantas preguntas deseen hacerme y compruebo que dispongan de un equipo que funcione y de un lugar relativamente silencioso en el que trabajar. Pero para concluir les digo “Limitaos a escuchar la grabación y mecanografiad lo que oigáis”.

Aunque la verdad es que no es tan sencillo. El proceso mediante el cual una persona inteligente, educada y culta se convierte en un transcriptor útil y competente exige meses de esfuerzo continuo al alumno y en menor grado también al profesor, y no es infrecuente que para que esa persona se convierta en un experto, sensible a las necesidades de los distintos investigadores y proyectos y solicitado por ser capaz de producir resultados de calidad en un periodo razonable de tiempo, hayan de pasar años. Se trata de un proceso participativo en el

* Créditos do autor.

que colaboro yo (la directora de la oficina y antigua transcriptor), el entrevistador (que suele ser alguien que jamás ha transcrito) y el nuevo transcriptor, que se esfuerza por satisfacer las demandas, sutiles y a veces contradictorias, que exige el permanecer fiel no sólo a las palabras textuales del entrevistado, a su sentido y a los requisitos del entrevistador sino también a las rigurosas exigencias de la corrección gramatical, y trata de integrar todos estos elementos en un sistema mediante el cual una cinta pueda traducirse y quedar convertida en un documento escrito, fluido, legible y lleno de significado, satisfactorio a la vez para el entrevistador, el entrevistado y el investigador que no ha tomado parte en la entrevista.

La transcripción puede ser la etapa más costosa de un proyecto de historia oral y los entrevistadores, que deben ajustarse a un presupuesto, siempre procuran hallar modos de reducir ese coste. Una escuela de pensamiento minoritaria de esta disciplina afirma que, dado que las cintas grabadas se consideran en general el documento primario, la transcripción no sólo es innecesaria sino que en realidad constituye una corrupción del material. Véase, por ejemplo el Archivo Virtual Oral / Sonoro de Historia de la Universidad Estatal de California, Long Beach¹. La página inicial de esta web presenta la colección de grabaciones de historias de mujeres y promete al investigador que “oirá las auténticas palabras pronunciadas por las narradoras de historias orales in lugar de contemplar una versión escrita en forma de transcripción”. Con una breve mención se señala que “en otro lugar se hallan disponibles transcripciones sumamente retocadas de cinco mujeres”, pero la página no especifica cuáles son esas cinco de entre las ocho mujeres. En la colección de Long Beach, los recursos que podían haberse destinado a realizar meticulosas transcripciones se han utilizado en una interesante página web interactiva llena de elementos audio completos, aunque a veces confusos y poco inteligibles. Pese a lo inmediato y satisfactorio que es oír las voces auténticas de las entrevistadas, sería de agradecer cierta ayuda para distinguir las palabras de estas grabaciones realizadas hace treinta años con mujeres ya de edad.

La verdad es que, como señala Kate Moore en su perspicaz artículo de 1997, “tan pronto como las grabaciones se transcriben, pocos

¹ (<http://back.ace.csulb.edu:8080/oralhistory/index.html>)

historiadores consultan el material primario; prefieren trabajar con la versión escrita” (Moore, 1997, p. 12). A Moore le desespera un poco el hecho de que “la mayoría de los historiadores orales trabajan mejor con la información escrita, actitud que refleja la educación tradicional y su preferencia por la letra impresa” (Idem, p. 16) pero no discute la utilidad de la transcripción. Cualquier proyecto de historia oral que económicamente pueda permitírsele pretende transcribir. Y sin embargo es un hecho que la transcripción, además de cara y lenta, es un proceso que, en relación con quienes transcriben, siempre se cuestiona. ¿Por qué no se puede sencillamente escuchar la grabación y mecanografiar las palabras que en ella se pronuncian? ¿Para qué se necesita tanta formación y experiencia? ¿No podría un voluntario, cualquier persona lista y dotada de buen oído, que supiera escribir a máquina a cierta velocidad, realizar esta tarea?

Pues sí y no. Efectivamente, hay que ser listo y tener buen oído, y sí, escribir a máquina con rapidez ayuda, sin duda alguna; pero cualquier entrevistador que haya utilizado a un transcriptor novel sabe que el resultado final no compensa el dinero que se ha ahorrado. La transcripción resultante es una acumulación lamentable de “humms” y “ahs” y falsos inicios de frase. El texto está compuesto por un solo párrafo larguísimo o a veces incluso por una sola frase. Es denso e impenetrable para la vista. El sentido queda oscurecido por el peso de palabras innecesarias, por una puntuación insuficiente e incluso por algún que otro cómico error. Cuando el entrevistador ha terminado de revisar escrupulosamente la transcripción, añadiendo signos de puntuación en aras de una mayor claridad y eliminando los elementos sobrantes, se ha empleado más tiempo – y por consiguiente más dinero – que si desde el principio se hubiesen utilizado los servicios de un transcriptor profesional.

Pero por experiencia propia sé que los transcriptores expertos, incluso los buenos y bien considerados, nunca son iguales. A pesar de haber recibido una formación similar, cada uno desarrolla unas técnicas particulares para producir una transcripción de historia oral que resulte útil y posea sentido. Aprenden a medida que trabajan, escuchando con atención lo que contiene la grabación y reflexionando sobre ello. Incorporan sugerencias de los entrevistadores para utilizarlas en futuras transcripciones. Los mejores transcriptores de historia oral procuran

convertir la palabra hablada en un texto escrito que sea fiel al momento concreto del diálogo y a la intención del entrevistado y al mismo tiempo resulte fluido y legible para el investigador. La transcripción de calidad es un arte, no un proceso mecánico. Y el arte varía según el individuo y de acuerdo con unas formas que pueden ser profundamente significativas para un proyecto de historia oral.

Si revisamos la escasa literatura que existe sobre la transcripción en historia oral advertiremos que se produce un cambio a lo largo del periodo, se adopta un enfoque cada vez más profundo, intelectual y erudito del sentido de la historia oral, se determinan los objetivos de este método de investigación y se cuestionan, a la luz de una nueva reflexión, unos métodos previamente aceptados. Los consejos que se dan a los primeros transcriptores aparecen publicados en forma de simpáticos folletos tales como *Transcribir sin lágrimas: guía para la transcripción y edición de entrevistas de Historia Oral*, de Mary Jo Deering y Barbara Pomeroy (1976), que propone el concepto de “transcriptor/editor” y lo encarna en una única persona que escucha la grabación “retocando mentalmente a medida que trabaja” (Idem, p. 14) y no traslada una sola palabra al papel hasta que mentalmente no la haya arreglado y corregido convirtiéndola en frases y párrafos, ardua tarea en una época en que aún no existía el ordenador. O la obra de Willa Baum de 1977, *Transcribing and Editing Oral History* (1977), todavía útil y aun en el mercado, pero que no tiene inconveniente en aconsejar al transcriptor que elimine prácticamente todas “las muletillas y carraspeos... que sirven bien como pausa para pensar en lo siguiente que hay que decir, bien para comprobar si la otra persona escucha” así como “los comentarios del entrevistador, que claramente tan sólo indican que está escuchando... tan sólo sirven para estorbar al lector y hacer que el entrevistador parezca un cabeza de chorlito” (Idem, p. 19, 30). O *The Handbook of Oral History: Recording Life Stories* de Stephen Humphries (1984), que compara “la transcripción auténtica” con “la transcripción corregida” y se inclina firmemente a favor de la segunda. Humphries reconoce que “cuando se realiza una transcripción corregida es imposible tener en cuenta los intereses de todo el mundo. Un extracto que un transcriptor omite por considerarlo irrelevante podría tener interés e importancia para un futuro lector” (Idem, p. 43). No obstante, luego continúa imaginando al destinatario de un proyecto de investigación – en su ejemplo

escolares – y termina diciendo: “Es absurdo transcribir literalmente todas las digresiones, repeticiones y errores gramaticales si lo que se pretende es estimular la imaginación de quienes no están iniciados en las complejidades de las formas de habla narrativas. Sin duda alguna, este es un caso que requiere una transcripción corregida” (Humphries, 1994, p. 46). Y con esto concluye su análisis de la transcripción.

En estudios más recientes se reconocen con mayor seriedad las tensiones existentes entre el material oral y el texto escrito, así como las diversas necesidades de los distintos usuarios del material que toman parte en un proyecto de investigación de historia oral. Ron Grele (1998) escribe sobre el uso de la transcripción como instrumento de enseñanza, definiéndolo como “un ejercicio de traducción de la sintaxis hablada a la sintaxis escrita [que] requiere tomar en consideración el papel de la gramática y de la ortografía en la presentación del testimonio”. Pero su instrumento de enseñanza como tal está destinado a los alumnos de su seminario de posgrado sobre investigación de historia oral: los estudiantes aprendem a ser buenos historiadores orales transcribiendo, y por consiguiente revisando, sus propias entrevistas.

J.A Progler (1991) presenta un fascinante estudio de caso sobre los distintos modos en que transcribió y utilizó sus entrevistas con el Dr. Lejaren Hiller, diferentes según quién imaginaba que sería el destinatario de la entrevista: primero efectuó una transcripción completa, literal, “la transcripción al pie de la letra en tanto que registro escrito de todo cuanto fue auditivo durante la entrevista”, como si se tratase de una transcripción judicial excepto que utilizó “un estilo de presentación del tipo flujo de conciencia o monólogo interior caracterizado por un escaso o nulo uso de las mayúsculas y de la puntuación”, con objeto de evitar “el método de transcripción poético e intrusivo” (Idem, p. 3, 4). Este producto, apenas legible, estaba destinado a que el destinatario pudiera captar el sabor de las palabras del Dr. Hiller, desgraciadamente desvirtuado a causa de la mala salud del entrevistado. Después Progler reelabora en varias etapas esta presentación “podada”, realizando varias versiones corregidas en las que va eliminando elementos, añadiendo al final algo de puntuación y por último dejándola convertida en una “transcripción en prosa” de la que ha eliminado todas las intervenciones del entrevistado. Ahora su versión va dirigida a un destinatario interesado en la obra del Dr. Hiller que pretende conocer el relato

pero no necesariamente de qué manera exacta fue narrado. Y sin embargo, a través de todas estas mutaciones Proglor, el investigador, es también el transcriptor que va modificando y masajeando su material de acuerdo con determinadas líneas de trabajo a medida que avanza en su investigación.

El ensayo de Moore, que he citado anteriormente, es un provocador análisis del proceso de traslación de la palabra hablada a la escritura, y de los diversos obstáculos que pueden encontrarse en el camino. Primero reclama que los historiadores orales se doten de “un sistema de notación” susceptible de ser utilizado en todas las transcripciones, “evitando con ello la confusión y los errores de interpretación creados por estilos individuales de los transcriptores” (Moore, 1997, p. 16). Discrepa de Baum y de otros autores en lo relativo a la eliminación de los pequeños murmullos de aliento por parte del entrevistador, citando la observación de Duncan (1974) de que esas vocalizaciones sirven para dirigir el flujo de la narración y guían al hablante haciéndole penetrar profundamente en una historia que de lo contrario, sin ellas, hubiese considerado poco importante o interesante y hubiera cortado en seco. Y por último reclama la reducción e incluso la eliminación de una tarea de corrección cuyo propósito es traducir la entrevista a un inglés estándar, “correcto”, hecho de frases completas y exento de rasgos dialectales. Y refutando la postura del historiador oral, que propugna eliminar elementos en la transcripción con el argumento de que a los lectores potenciales les desagradará leer un inglés que no sea neutro, define su postura aduciendo con absoluta validez que los novelistas contemporáneos de éxito utilizan “un lenguaje estilizado... [que incluye] vacilaciones, carraspeos, falsos inicios y otros elementos prosódicos, precisamente los elementos que los historiadores orales borran de las transcripciones. De manera que podemos formular la conclusión de que los lectores – el público en general – están muy acostumbrados a ver en letra impresa prosa hablada llena de lo que tradicionalmente se llaman imperfecciones” (Idem, p. 22).

Inmediatamente después del artículo de Moore, en el boletín *Words and Silences* figura un comentario de Michael Frisch (1997), quien se muestra de acuerdo con los supuestos básicos de Moore pero cuestiona alguna de sus conclusiones, en particular su llamamiento a adoptar un sistema de notación. Frisch sostiene que es preciso otorgar un

papel más importante “a la cuestión de la legibilidad... puesto que casi todo el mundo reconoce que los documentos vertidos mediante sistemas de notación complejos, pese a que son indudablemente importantes para muchos propósitos, sencillamente no resultan legibles en el sentido normal del término y de la experiencia... y la lectura es inevitablemente el modo en que el sentido salta desde la letra impresa y se convierte en voz dentro de la cabeza del lector” (Idem, p. 27-8). Llega a la conclusión de que el proceso de transmitir el contenido de una entrevista de historia oral al entrevistador y al público en general es de colaboración, no sólo entre el entrevistador y el entrevistado sino que incluye también al transcriptor y al editor.

Un interesante punto de vista procedente de una estudiosa “marginal” (es decir, marginal para la historia oral) es el de Margaret Sandelowski (1994), que trabaja en el campo de la medicina y proporciona una penetrante visión sobre la naturaleza de la transcripción. Sandelowski señala que pese a que muchos investigadores consideran la transcripción como una copia exacta y literal de lo ocurrido durante la entrevista (de nuevo como en el caso de una transcripción judicial), “la transcripción es un proceso que supone la transformación del objeto de duplicación en otra forma (de lenguaje oral a letra impresa) de la que sólo es parcialmente representativa pero nunca isomórfica”. Analiza las decisiones de transcripción tomadas durante el proceso – incluidas la puntuación y la división en párrafos – y concluye que lo que con ello se crea es una realidad construida, no objetiva: “el proceso de transcripción pone de manifiesto la importancia de captar las palabras de los participantes en la investigación, pero también otorga al investigador una gran autoridad como editor, traductor e intérprete de esas palabras” (Idem, p. 311, 314). A esta ecuación yo quisiera añadir, junto con Frisch, también al transcriptor, puesto que los estudiosos del campo de la medicina rara vez transcriben sus propias investigaciones, como pone de relieve el gran número de solicitudes laborales de antiguos transcritores médicos que recibe nuestro departamento.

* * *

La Oficina Regional de Historia Oral (Regional Oral History Office, ROHO) se fundó en 1954 en la Universidad de California, Berkeley.

En ella llevamos a cabo proyectos de investigación de historia oral de distinto nivel, entrevistando individuos a fin de recoger su biografía completa y al mismo tiempo realizando entrevistas de corta duración centradas en un acontecimiento concreto o en un tema específico. Desde hace tiempo confeccionamos con dichas entrevistas unos volúmenes encuadernados y dotados de índices e ilustrados con fotografías y otros materiales de apoyo. El personal transcriptor con que contábamos al realizar el estudio que detallo más abajo consistía en dos personas a tiempo completo, varios alumnos que trabajaban a tiempo parcial y el supervisor de la transcripción, un antiguo transcriptor que de vez en cuando seguía transcribiendo alguna que otra grabación para no perder la práctica. Además, cuando había mucho trabajo utilizamos entonces (y seguimos haciéndolo) a algún transcriptor que no era de la casa.

Para este estudio, llevado a cabo en el verano de 2000, elegí a cuatro personas consideradas por la mayoría de nuestros investigadores como nuestros mejores transcriptores. Les pedí a cada una de ellas que transcribiesen el mismo segmento de grabación, de diez minutos de duración. Sabían que me proponía utilizar este trabajo en mi ponencia, de modo que supongo que se esforzaron al máximo. La verdad es que la entrevista se realizó específicamente para este estudio. Se trataba de una entrevista entre dos miembros del personal de ROHO; tres de los cuatro transcriptores estaban familiarizados con sus voces, modos de hablar y personalidad.

Es de gran ayuda conocer, aunque sea superficialmente, las circunstancias de los transcriptores pues permite comprender mejor su modo concreto de abordar la labor. La transcritora A llevaba en ROHO casi quince años. Empezó como alumna a tiempo parcial y aprendió el oficio mientras trabajaba, siguiendo nuestras directrices escritas e incorporando las sugerencias de quienes editaban la entrevista. Su método de trabajo consistía en transcribir la cinta grabada hasta el final, creando los párrafos y plasmando el sentido a medida que trabajaba. No tenía la costumbre de revisar sus transcripciones y corregirlas después. En cambio, hacía referencia a las notas que le había proporcionado el entrevistador, deteniéndose para comprobar las cosas cuando lo necesitaba. Conservaba los llamados falsos inicios si consideraba que tenían sentido. (Naturalmente, no era raro que después los editores los eliminasen.) Sus transcripciones solían ser las más literales de las cuatro.

La transcriptor B sólo llevaba seis meses con nosotros; había realizado transcripciones antes, pero no de historia oral. Hablaba con fluidez varios idiomas y era traductora titulada. Era bastante perfeccionista; transcribía con cuidado, pero después también revisaba su trabajo y consultaba hasta las referencias más insignificantes. Le molestaba dejar las cosas a medias, aun cuando la entrevistadora le hubiera asegurado que revisaría la ortografía.

La transcriptor C trabajaba en su domicilio. Era una profesional independiente que llevaba ocho años dedicándose exclusivamente a transcribir historias orales. Tenía una nutrida cartera de clientes pero llevaba varios años trabajando con bastante regularidad para ROHO, de modo que se había familiarizado con nuestro estilo y nuestras preferencias. Nunca había estado en la oficina (no había estado nunca en California) ni conocía personalmente a ninguno de nosotros. Al igual que la transcriptor A, realizaba su trabajo de una tirada, haciendo referencia a las notas del entrevistador y a veces corrigiéndolas. Utilizaba con frecuencia la indicación [sic] cuando un hablante no se expresaba con absoluta corrección gramatical y a menudo, cuando tenía conocimientos que ampliaban (o contradecían) lo que se afirmaba en la grabación, añadía entre paréntesis y en cursiva comentarios propios.

La transcriptor D trabajaba en ROHO desde hacía dos años y medio. Tenía grandes conocimientos musicales, tocaba un instrumento y era profesora de música. También había escrito una novela y en su solicitud de trabajo escribió que no quería perder la oportunidad de trabajar con *palabras*. Su amor por el lenguaje y su oído musical le permitían transcribir con un estilo que trataba de ayudar a que tanto el entrevistador como el entrevistado se mostrasen en el papel bajo su mejor aspecto. Su método de trabajo era transcribir inicialmente con rapidez y luego revisar el texto corrigiéndolo con firmeza, eliminando falsos inicios y creando frases a partir de fragmentos mediante una liberal utilización de los paréntesis.

La grabación en la que trabajaron las cuatro transcriptoras que hicieron de conejillos de Indias era una entrevista con Bob, quien tras permanecer un año en ROHO se marchaba para ingresar en la Escuela de Bibliotecarios de UCLA (Universidad de California Los Angeles). Fue entrevistado por Sara, ayudante editorial. En el segmento de diez

minutos de que se trataba, Sara le pregunta a Bob por el trabajo que realiza en ROHO, concretamente por sus obligaciones como secretario de Willa Baum, entonces nuestra directora. Utilizo como referencia para la comparación la transcripción de la transcriptor A porque es la más literal de las cuatro, aunque naturalmente, como luego veremos, “literal” puede ser a veces un juicio un tanto subjetivo, según quien sea la persona que escuche la grabación.

Al principio del segmento Sara le pregunta a Bob en qué consiste ser el secretario de Willa y entonces se interrumpe para decirle: “O primero podrías describir su mesa de trabajo y luego decirme...”.

Bob, un joven amable y educado del Midwest, reacciona con nerviosismo a la pregunta. Porque la mesa de trabajo de Willa era de esas cosas que crean leyenda. Evidentemente, todo el personal estaba de acuerdo en que si estaba como estaba era porque no teníamos espacio suficiente en la oficina. Willa no tenía sitio donde guardar las carpetas de los numerosos proyectos que dirigía al mismo tiempo. En cualquier caso, Bob, consciente de que le están grabando, no sabe cómo responder a la pregunta.

“Describir...” empieza, y luego se ríe un poco y vuelve a empezar otra vez. Siente que debe defender a su jefa antes de decir algo concreto sobre su mesa de trabajo. Y dice: “Bueno, Willa es una persona sumamente interesante. Una persona enormemente inteligente”.

Luego, como se ha formulado una pregunta concreta y no hay manera de esquivarla, sigue diciendo: “Su mesa de trabajo... Su mesa de trabajo es otra cosa. Hay muchos papeles en esa mesa”. Pero otra vez vuelve a defenderla: “Pero siempre consigue, cuando está trabajando en una cosa, saber exactamente en qué está trabajando. No es de las que pierden algo y luego se olvidan”.

La distinta manera en que las cuatro transcriptoras vierten este breve pasaje es realmente fascinante.

La transcriptor A, como hemos visto en la transcripción que acabo de utilizar, deja el vacilante falso inicio en el que Bob repite la palabra de Sara, “describir”, y también su risa nerviosa. También conserva la repetición “Su mesa de trabajo es... Su mesa de trabajo es otra cosa”. Estas dos decisiones tomadas por A reflejan el rechazo de Bob a criticar a Willa y, al mismo tiempo, muestran su esfuerzo por contestar sinceramente a la pregunta.

La transcriptora B, la traductora perfeccionista, deja “describir” pero no indica que Bob se ríe. También decide eliminar la repetición de “su mesa”, decisión que da como resultado una frase más clara, más fácil de leer, pero que también puede dar la impresión de que Bob facilita voluntariamente la información.

La transcriptora C, la profesional independiente que no pertenece al departamento, elimina tanto el falso inicio de “describir” como la risa que lo acompaña y simplifica también la frase relativa a la mesa de trabajo: “Su mesa de trabajo es otra cosa”. De nuevo tenemos una transcripción limpia, coherente y la que posiblemente se parecería más a un producto final, editado, pero que oculta la vacilación de Bob. (Puede ser importante tener en cuenta que C es la única transcriptora de las cuatro que nunca había visto la mesa de trabajo de Willa y por lo tanto carecía de una imagen que se le presentase inmediatamente a la vista al oír la pregunta de Sara.)

La transcriptora D – la intérprete de música y novelista – indica la vacilación pero como en sus transcripciones prefiere construir frases, completa la primera frase con paréntesis: “Describir (su mesa de trabajo)”. Indica la risa y luego, en lugar de repetir “Su mesa es...”, introduce la indicación [pausa] después de esa frase: “Su mesa de trabajo [pausa] es otra cosa”.

No es difícil darse cuenta de que estas pequeñas decisiones por parte de las transcriptoras pueden dar como resultado importantes diferencias en la transcripción.

Más tarde, en el mismo segmento, Sara le pregunta a Bob por una de sus tareas, que consiste en revisar el correo electrónico de Willa e imprimir solamente los mensajes relevantes. Bob describe la curva de aprendizaje que supone determinar qué significa “relevante”: “Diría que se tarda un poco en aprenderlo”. Reconoce que al principio seguramente imprimió demasiados mensajes de correo electrónico que Willa no tenía interés en leer y que ella pronto le corrigió: “Nada de dudas, ella te lo dice”.

Sara profundiza: “¿Y cómo lo hace? ¿Cómo suena cuanto te...?”.

Bob la interrumpe riéndose: “Pue es... Es muy sincera. No es de las que se anda con rodeos. Te dice: ‘Éste no sirve para nada. Éste no necesito leerlo’”. Nuevamente no quiere dejar en mal lugar a su jefa. Escoge “sincera” para describir su actitud franca y directa.

Las transcriptoras A y B indican ambas la risa con la que Bob interrumpe la pregunta de Sara y su esfuerzo por hallar la manera justa de contestar. La transcriptora B incluso oye a Bob decir: “Veamos”, cosa que no escucha ninguna de las otras tres.

La transcriptora C convierte la pregunta de Sara en una frase completa: en lugar de “¿Cómo suena cuando te...?”, escribe: “¿Qué te dice?”. Elimina la risa de Bob y el falso inicio de “Pues es...”. Al reformular la pregunta de Sara hace que la contestación de Bob tenga más sentido (porque él da un ejemplo de lo que Willa dice) y crea una transcripción más limpia pero menos fiel al contenido de la grabación.

La transcriptora D deja interrumpida la pregunta de Sara e indica la risa de Bob, pero corrige la respuesta del segundo: “Sí, es muy sincera”.

Nuevamente señalo que estas diferencias pueden parecer sutiles pero quein leyera las cuatro transcripciones se llevaría cuatro impresiones distintas tanto de la oficina como de Bob, el entrevistado.

* * *

¿Qué significado tiene todo esto para el historiador oral diligente, el historiador comprometido con la tarea de producir el resultado final que más sentido tenga? ¿Debe dedicarse a transcribir todas sus grabaciones porque tan sólo él conoce la historia completa, así como el ambiente, los matices y la personalidad del entrevistado y sólo él puede interpretar correctamente estos elementos y representarlos por escrito?

Afortunadamente la respuesta es no. El historiador oral no tiene por qué arrebatar horas a sus investigaciones y entrevistas de historia oral para convertirse también en transcriptor, *siempre y cuando* dedique el tiempo necesario a seleccionar y preparar bien a sus transcriptores y *siempre y cuando* después de la transcripción escuche las cintas alguien, sea el entrevistador, sea como mínimo una tercera persona. En primer lugar, como ya he señalado anteriormente, es de suma importancia utilizar a un transcriptor que posea una buena formación, un transcriptor que sepa qué es la historia oral y que tenga la inteligencia y la experiencia necesarias para trasladar la conversación grabada y convertirla en un documento escrito dotado de sentido. Pero esto es sólo el principio. El transcriptor desempeñará mucho mejor su trabajo si se le da alguna indicación relativa al contexto y al subtexto de la entrevista. (Piénsese en

la pobre transcriptor C, que desconocía por completo el aspecto que tenía la mesa de trabajo de Willa.) Cuando un entrevistador entrega las grabaciones está invitando a una tercera persona a penetrar en la entrevista.

Es de crucial importancia recordar cualquier cosa que pueda ayudar al transcriptor a dotar de sentido las palabras grabadas en la cinta magnetofónica. ¿Es el entrevistado una persona mayor o joven, una persona que tiene que debatirse con una memoria deficiente o por el contrario, alguien que arde en deseos de relatar su vivencia? ¿Muestra hostilidad hacia el proyecto? ¿Es tímido? ¿Acaso en la misma habitación se encuentra su esposa, que lo escuche con gesto de recriminación? ¿Hay galletas en la mesa, animales de compañía en la falda, niños jugando en el jardín? ¿Hay una secretaria tratando de cortar el entrevistador para que pueda entrar la siguiente visita? ¿Es la habitación espaciosa y aireada o está mal ventilada y llena de cachivaches? ¿Funcionó correctamente y desde el principio el material de la grabación o tuvo el entrevistador que pelearse con un aparato defectuoso, cambiar las pilas, pedir un bolígrafo o reparar una cinta rota? Toda esta información ayudaría a comprender al transcriptor qué hay detrás de una risa nerviosa, un falso inicio o una pausa.

A continuación, mientras revisa la transcripción, el entrevistador debe considerar el enfoque específico del transcriptor. ¿Ha dejado acaso falsos inicios que son verdaderamente falsos – simplemente reflejo de que al entrevistado se le traba la lengua – o balbuceos que reflejan respuestas en las que el entrevistado vuelve a pensar a medida que habla, indicios de que por algún motivo se está autocensurando? (Naturalmente, en ese caso es preciso decidir cómo actuar respecto de esa autocensura.) ¿Ha influido el transcriptor correcta o involuntariamente en algún aspecto por el hecho de crear un párrafo en un pasaje determinado? ¿Ha simplificado con objeto de crear frases armoniosas y completas pero omitido con ello información significativa?

Por último, el elemento final y a mi juicio el más importante que puede aportar un historiador oral para garantizar la calidad de una transcripción es escuchar las cintas. Se trata de un proceso largo, por lo que los entrevistadores a veces se muestran reacios a ponerlo en práctica, en particular si la transcripción parece buena y tiene un sentido lógico. Pero por muy preparado y experto que sea un transcriptor, o por muy bien informado que está, no se halló presente en la entrevista.

No miró al entrevistado a los ojos, no pudo ver su lenguaje corporal, no contempló su cuarto de estar o su despacho, no vio sus gestos ni sus expresiones. No pudo ver una sonrisa irónica, unos ojos en blanco, unos dedos indicando “entre comillas”. Dada la distancia inevitable entre el momento de celebrar la entrevista y el de recibir la transcripción, es probable que el entrevistador también haya olvidado estos matices. Escuchar las cintas mientras se revisa la transcripción permite ayudar al transcriptor a añadir elementos importantes que éste necesariamente desconoce.

Partiendo de la base de que actualmente la transcripción es la expresión más utilizada de la entrevista de historia oral, el historiador oral diligente, que se siente obligado a producir las transcripciones lo más fieles y llenas de sentido posible, no descuidará el proceso de transcripción por el equivocado objetivo de ahorrar unos cuantos dólares. Normalmente los investigadores profundizan lo más posible en el tema de estudio, establecen una buena relación con sus entrevistados, invierten en material tecnológico de calidad, haciendo cuanto está en su mano para obtener una buena grabación de una entrevista, pero luego prestan escasa atención a la siguiente, y crucial, etapa de este proceso de colaboración. Los transcriptores no son máquinas: son seres humanos inteligentes y, efectivamente, falibles. Si los entrevistadores se toman la molestia de prepararlos suficiente y adecuadamente de antemano y si después revisan su trabajo, las entrevistas en soporte de papel serán tan fascinantes y estarán tan llenas de vida como en el momento de su grabación.

Referencias bibliográficas

- BAUM, Willa. *Transcribing and Editing Oral History*. Nashville: American Association for State and Local History, 1977.
- DEERING, M.J.; POMEROY, B. *Transcribir sin lágrimas: guía para la transcripción y edición de entrevistas de Historia Oral*. Washigton: Oral History Program / George Washington University Library, 1976.
- FRISCH, Michael. *Words and Silences*, *Bulletin of the International Oral History Association*. Istanbul: Bogazici University Press, v. III, n. 1, jun. 1997.
- GRELE, Ronald J. Values and Methods in the Classroom Transformation of

- Oral History. *Oral History Review*, v. 25, n. 1-2, p. 57-70, 1998.
- HUMPHRIES, Stephen. *The Handbook of Oral History: Recording Life Stories*. Londres: Inter-Action Trust Limited, 1984.
- MOORE, Kate. Perversion of the Word: the Role of Transcripts of Oral History. *Words and Sileces: Bulletin of the International Oral History Association*. Istanbul: Bogazici University Press, v. III, n. 1, jun. 1997.
- PROGLER, J.A. Choices in Editin Oral History: the Distillation of Dr. Hiller. *Oral History Review*, v. 19, n. 1-2, p. 1-16, 1991.
- SANDELOWSKI, Margaret. Focus on Qualitative Methods: Notes on Transcription. *Research in Nursing & Health*, v. 17, p. 311-14, 1994.

RESUMO: Partindo do pressuposto de que atualmente a transcrição é a expressão mais utilizada na entrevista de história oral, o historiador oral diligente, que se sente obrigado a produzir as transcrições mais fiéis e plenas de sentido o possível, não descuidará do processo de transcrição, que analisei em um estudo levado a cabo no verão de 2000. Para este estudo, escolhi quatro pessoas consideradas pela maioria dos investigadores da *Regional Oral History Office* (ROHO-UCLA) como nosso melhores transcritores, e pedi a cada uma delas que transcrevesse o mesmo trecho da gravação. As diferenças entre as transcrições podem parecer sutis, mais quem lesse as quatro transcrições teria quatro impressões distintas da entrevista e do entrevistado.

PALAVRAS-CHAVE: história oral; entrevista; transcrição.

THE INVISIBLE PARTICIPANT: THE TRANSCRIBER'S ROLE

ABSTRACT: Considering that the transcription is the most used form of expression in the interview of oral history, the diligent oral historian, that feels obliged to produce the most faithful and full of sense transcriptions, won't neglect the transcription process, that I analyzed in a study made in the summer of 2000. For this study, I chose four people considered by most of the investigators of the *Regional Oral History Office* (ROHO-UCLA) as our best transcribers, and asked each one of them to transcribe the same piece of a recorded interview. The differences among the transcriptions may be subtle, but who read the four transcriptions would have four different impressions of the interview and of the interviewee.

KEYWORDS: oral history; interview; transcription.